

CAPITULO IV.

La expedición de México en la discusión de la «*adresse*.» (1)

I.

Forey partió de Puebla con mil novecientos hombres y atravesó, sin precipitarse y sin que nadie le cerrara el paso, las cordilleras y sus magníficos bosques de pinos, después la llanura árida y pantanosa, y llegó á México (10 de junio). Juárez no le había esperado, porque, no pareciéndole conveniente caer en manos de sus enemigos por conservar una ciudad cuya defensa no era de un éxito suficientemente seguro, había salido de ella con sus ministros y transportado á San Luis Potosí la residencia de su gobierno (30 de mayo).

1. Creo necesario ampliar las explicaciones que di en la nota 2 de la página 36 acerca de la significación de esta palabra. Napoleón III, deseoso de introducir reformas liberales en la organización del imperio francés, había expedido en 24 de noviembre de 1860 un decreto cuyos primeros artículos decían á la letra: «Art. 1. El Senado y el Cuerpo legislativo votarán cada año, al abrirse el período de sesiones, una *adresse* ó contestación á nuestro discurso (mensaje). Art. 2. La *adresse* será discutida en presencia de los comisarios del gobierno, quienes darán á las Cámaras todas las explicaciones necesarias acerca de la política interior y exterior del Imperio.» Ya en el párrafo XI del capítulo I de este libro vimos á qué clase de manifestaciones había dado margen la discusión de la *adresse* en 1862. En 1863, los Cinco habían continuado su labor proponiendo, entre las enmiendas al texto de la *adresse*, la siguiente: «II. Admiramos el heroísmo de nuestros soldados que combaten en México bajo un cielo mortífero, y les enviamos nuestros votos más afectuosos; pero, sin dejar de preocuparse por el honor nacional, bien puede una asamblea política juzgar una empresa de la que puede hoy conocer las causas y prever las consecuencias. Las fuerzas de Francia no deben ser temerariamente em-

¿Queréis saber cómo fué recibido Forey en México? Releed el relato de la entrada de los aliados en París en 1815, hecho por Enrique Houssaye: «A medida que los soberanos avanzaban hacia los barrios elegantes, los bulevares tomaban el aspecto de una vía triunfal. Las aclamaciones crecían en número y en fuerza. En los balcones, adornados con banderas blancas improvisadas con sábanas y servilletas, y llenos de gente, había mujeres que gritaban agitando sus pañuelos. Causaban admiración el hermoso aspecto y la precisión de los mo-

pleadas en expediciones mal definidas, aleatorias, y ni nuestros principios ni nuestros intereses nos aconsejaban que fuésemos á ver qué gobierno desea el pueblo mexicano». En la discusión en el Cuerpo legislativo, dice Ollivier, «Ernesto Picard no disintió la expedición de México, sino que se empeñó en deshonrarla: no era más que una mentira; la protección de nuestros nacionales no era más que un pretexto, porque Juárez estaba dispuesto á darles toda clase de seguridades. Se trataba de imponer, por medio de procedimientos semejantes á los de Brunswick, una monarquía á un pueblo republicano que no quería aquel régimen de gobierno. Pero ni ése era el verdadero objeto de la expedición: su objeto real era el cobro, en provecho de ciertos especuladores, del crédito de mala ley de un suizo nacionalizado al efecto.» Y Julio Favre declaró el crédito Jecker «un robo manifiesto que se quería hacer al público y al gobierno, mexicano.» «Billault, sigue diciendo Ollivier, desplegó en vano toda la destreza de su acrobática oratoria; no pudo refutar lo que Favre y Picard habían demostrado acerca de la oculta intención de restablecimiento monárquico que llevaba la expedición, ni justificar la importancia demasiado grande que se había dado al crédito Jecker en nuestro ultimátum, ni lavar este crédito de las manchas originales que se le señalaban; pero sí demostró perentoriamente, y eso era cierto, que dicho crédito no había influido para que se decidiera la expedición ni para que los tratados de la Soledad se rompieran.» Y las revelaciones acerca del crédito Jecker parecieron tan peligrosas al ministro Persigny, por no haber podido ser refutadas por Billault, que aquél impidió que la prensa hablara de ellas y las comentara, lo cual dió ocasión á que Darimon, uno de los Cinco, provocara un incidente parlamentario que los otros cuatro no aprobaron por estar seguros de un fracaso.

Creo también necesario hacer en esta nota referencia á otros hechos de la política francesa, verificados después del mes de octubre de 1862. El ministro Thouvenel había caído el día 15 de ese mes, á causa de su oposición á la permanencia de las fuerzas francesas en Roma, y había sido reemplazado por Drouyn de Lhuys, quien «habiendo tratado de ser poco acomodaticio con el emperador, siendo ministro cuando el Congreso de Viena, durante la guerra de Crimea, había tenido que dimitir, había sufrido mucho por su separación del poder y volvía á él con el firme propósito de conservarlo el mayor tiempo posible con todo género de condescendencias.» El acto con que inauguró Thouvenel su labor mi-

vimientos de la infantería, así como los soberbios caballos de los coraceros y de los cosacos de la guardia. Se escuchaban estas palabras: «No tienen cara de malvados! El emperador Alejandro es muy guapo! Cuan graciosamente saluda! Es preciso que se quede en París ó que nos deje un soberano que se le parezca!» Los oficiales sonreían á la multitud. «Ya véis que no comemos gente» decían. Y los gritos aumentaban: «¡Vivan los aliados! ¡Viva Alejandro! ¡Viva Guillermo! ¡Vivan los Borbones!» Para ver mejor el desfile, algunas mujeres rogaron á los oficiales del Estado Mayor que las cedieran por un mo-

nisterial lo relata así Ollivier: «El emperador estaba poseído de la idea fija de que el éxito de la Sececión americana facilitaría la expedición de México, y buscaba las combinaciones posibles para favorecer á los Estados del Sur. Thouvenel, secundado por Palmerston, le había disuadido de que los reconociera como república; Drouyn de Lhuys consintió en dar cierta satisfacción á su deseo. Como un reconocimiento formal y directo significaría nada menos que una declaración de guerra, excogió un sesgo y propuso á Russell y á Gortchacow una acción colectiva encaminada á obtener un armisticio de seis meses. Pedir un armisticio equivalía á considerar iguales á ambos contendientes. ¿Cómo había podido concebirse un solo instante la esperanza de que los Estados del Norte, después de sus esfuerzos prodigiosos para reconstituir la Unión, aceptaran tal paridad? Por otra parte, el momento estaba muy mal escogido: Mac Clellan acababa de reparar el desastre de Bull-run con las victorias de South-Mountain y de Antietam; Lincoln, saliendo de sus largas vacilaciones, daba resueltamente á la guerra un objeto social humanitario, oculto hasta entonces bajo la tesis política, y su proclama de 22 de septiembre de 1862 declaraba libre, á partir del 1^o de enero de 1863, á toda persona que fuese esclava en un Estado cualquiera ó en una porción determinada de ese Estado, si su población estuviere en rebeldía contra el Gobierno de la Unión. Esta proclama determinó un acceso de rabia en los Estados del Sur; decidieron condenar á trabajos forzados á los oficiales federales hechos prisioneros y á muerte á los que mandaran soldados negros ó trataran de libertar esclavos... Lincoln respondió con la ley del talión: los soldados y oficiales rebeldes sufrirían el mismo tratamiento que se infligiera á los soldados y oficiales leales. Drouyn de Lhuys se forjó la ilusión de que, con frases huecas acerca del porvenir de los Estados Unidos, lograría que los gabinetes inglés y ruso se resolvieran á prestar su apoyo moral á aquéllos cuya rebeldía era causa de que se derramara la sangre, á los crueles que trataban de mantener la abominable esclavitud desgarrando á su patria... Russell y Gortchacow, que no estaban obsesos por la expedición de México, rechazaron la proposición de Drouyn de Lhuys. La amistosa advertencia de aquéllos no fué atendida, y éste hizo solo lo que no había podido hacer acompañado. Seward, en nombre de Lincoln, rechazó lo que le proponía el gobierno francés, pero discutiendo y sin enojarse. El Congreso no tuvo iguales miramientos y votó una declaración así con-

mento sus caballos; otras subieron á ancas de los cosacos. Entre esas desvergonzadas se distinguió la bella condesa de Périgord, que fué más tarde duquesa de Dino». Todo pasó más ó menos de la misma manera en México, centro de los partidarios de la intervención. Hubo una diputación que llevó en una bandeja las llaves de plata de la ciudad, calles adornadas con cortinajes y llenas de una multitud inmensa, aclamaciones frenéticas, especialmente de mujeres, y caballos que se negaban á seguir andando y se encabritaban, asustados con la lluvia de ramilletes y coronas de flores.»

El papel político de Forey comenzaba. El emperador le había dado instrucciones explícitas. La principal era aquélla que había sido condición para conferirle el mando: el perfecto

cebida: «Toda intervención extranjera sólo servirá para prolongar y envenenar el conflicto, aumentar la efusión de sangre y hacer que se retarde el día de la paz tan deseado. En consecuencia, el Congreso proclama su resolución inquebrantable de continuar la guerra vigorosamente, conforme á los principios de humanidad de los Estados cristianos, hasta que la rebelión quede vencida, y pide humildemente para su causa la bendición de Dios Todopoderoso»

Para asegurar la buena inteligencia de los acontecimientos que se narran y comentan en este libro, debo añadir que las elecciones de 1863, hábilmente dirigidas por los Cinco, significaron, sobre todo en París, un triunfo completo del partido liberal. Ollivier dice á ese respecto: «Así, lo que el pueblo de París aprobó en 1863 fué la política de los Cinco, la política constitucional tal como la habían formulado en sus enmiendas, que yo había comentado en mis últimos discursos. Quiso, no derribar el Imperio, sino substituir el Imperio autoritario por el Imperio liberal. El éxito de los Cinco era, pues, completo: al gobierno le habían arrancado el decreto de 24 de noviembre; á los antiguos partidos, la repudiación de la doctrina de odio y de abstención. Habían vivido bien y morían mejor: abriendo las puertas del Parlamento, vibrante aún con los ecos de sus viriles acentos, á oradores que iban á igualarles ó á eclipsarles.» Entre estos oradores, hay que contar á Thiers, que no aprobó la expedición de México.

Terminaré esta larga nota con una anécdota curiosa. Ollivier cuenta que fué á visitar á Lamartine para averiguar su opinión acerca del resultado de las elecciones de 1863, y dice: «Habló extensamente acerca de la expedición de México, que le parecía admirable, primeramente porque nos interponía en el centro de América entre las razas latinas y esos anglosajones, que son los hombres más viles y miserables, después porque nos produciría incalculables riquezas con la explotación de las minas de Sonora.» Estas frases desatinadas bastarían solas para justificar la triste opinión que la posteridad se ha formado de Lamartine como hombre político!—NOTA DEL TRADUCTOR.

acuerdo con Saligny. Pero las otras decían: «No apoyéis á ningún partido, declarad que todo es provisional mientras los mexicanos no manifiesten su voluntad; pero tranquilizad á los tenedores de bienes nacionales y asalariad; y armad á las tropas mexicanas auxiliares, haciéndolas desempeñar papel principal en los combates y manteniéndolas en la más severa disciplina. En México, es de desear que Almonte y los notables de cualquier color político que hayan abrazado nuestra causa, se pongan de acuerdo para convocar, conforme á las leyes, una asamblea que decida de la forma de gobierno. El objeto que hay que perseguir no es imponerles una que les sea antipática, sino secundar sus esfuerzos para establecer, según su voluntad, un gobierno que tenga probabilidades de estabilidad y garantice á Francia la reparación de sus agravios. Pero si los mexicanos prefieren una monarquía, Francia está interesada en ayudarles, y en ese caso, podéis indicar al archiduque Maximiliano como candidato nuestro.» (14 de julio de 1862)

En cartas subsecuentes, el emperador había insistido sobre estas recomendaciones, sobre todo sobre la necesidad de dar seguridad á los que habían adquirido bienes de la Iglesia y la de consultar á la nación, con objeto de quitar á la expedición su carácter de conquista, poniéndola en armonía con su política general. Empero, su pensamiento no había logrado fijarse con respecto á los medios que debían emplearse para llegar á este fin. En una carta decía: «Haced que vote *todo* el pueblo para que sepamos si quiere una monarquía ó una república» (1); en otra afirmaba que se contentaría «con una especie de *suffragio universal* y hasta con el voto de un Congreso nombrado por esos medios revolucionarios de los cuales México tiene la tradición y la costumbre» (2), y más tarde dejaba mayor espacio á la iniciativa de Forey, diciéndole: «Cuando se hayan conocido en todo el país mis intenciones y el objeto de la intervención, se podrá consultar al pueblo de la manera que juzquéis más conveniente» (3). En suma, todo se reducía á decir á Forey: «Componéoslas de manera de darme algo que se parezca á un voto de la nación.»

1 A Forey, 1.º de noviembre de 1862.—NOTA DEL AUTOR.

2 A Forey, 14 de febrero de 1863.—NOTA DEL AUTOR.

3 A Forey, 14 de abril de 1863.—NOTA DEL AUTOR.

Estas instrucciones no eran de fácil ejecución. Conservando á su lado á hombres de partido como Almonte, ¿cómo podía el jefe de la expedición francesa colocarse encima y fuera de los partidos? Y desde el momento en que declaraba que no trataría con el jefe regular de su gobierno, ¿cómo podía pretender que no violentaba la voluntad del pueblo? Un diplomático más ducho que Forey se habría encontrado embarazado para ejecutar lo que era inejecutable.

Ya en México, redactó con ayuda de Saligny una proclama al pueblo mexicano. En ella ensalzaba las hazañas de su ejército, hablaba de Hernán Cortés de una manera imprudente y depreciativa, fijaba algunos puntos de su programa político: abolición de los préstamos forzosos y de las requisiciones, salvaguardia de las propiedades, reforma de los sistemas de impuesto y de reclutamiento, reorganización de los tribunales, persecución de los bandidos, libertad de la prensa, la cual quedaría sólo sujeta á admoniciones como en Francia. Acerca de las cuestiones religiosas, la proclama decía: «Los propietarios de bienes nacionales adquiridos regularmente y conforme á la ley, no serán en manera alguna molestados y quedarán en posesión de esos bienes; sólo las ventas fraudulentas podrán ser objeto de una revisión.» Forey había escrito: *bienes del clero*, Saligny había hecho poner: *bienes nacionales*. «La religión católica será protegida y los obispos serán puestos de nuevo en sus diócesis, y yo creo poder añadir que el emperador vería con placer que fuese posible al gobierno proclamar la libertad de cultos, ese gran principio de las sociedades modernas». También ese que fuese posible había sido puesto por Saligny, con objeto de debilitar la reclamación (12 de junio de 1863).

El mismo Saligny constituyó para Forey una Junta Administrativa de treinta y cinco notables, la cual nombró un gobierno provisional compuesto por Almonte, el Gral. Salas, Monseñor Labastida, arzobispo de México, prelado muy impulsivo, pero que, por encontrarse en Roma, fué representado por Monseñor Ormaechea, obispo de Tulancingo, intolerante, activo, resuelto.

Como las cajas públicas estaban vacías, para dar á este gobierno elementos de vida, el jefe de los servicios hacendarios, Budin, emitió cuarenta mil pesos de bonos del Tesoro, garantizados por Francia, y tomó á su cargo la soldada de los auxiliares. Pero hecho esto, ¿habría que esperar, para constituir un

gobierno definitivo, á que el país estuviese pacificado? Habría-se esperado siempre, puesto que el país no llegó á pacificarse durante nuestra ocupación.

Pasado el primer momento de ebriedad triunfante, el general se había dado cuenta de que la entrada á México no había resuelto el problema. Juárez, que, durante todo el trayecto entre México y San Luis Potosí, había sido recibido con aclamaciones y muestras de respeto y adhesión, había lanzado una proclama en que decía: «¿Acaso Napoleón I se hizo dueño de España por haber ocupado á Madrid? ¿Acaso la posesión de Moscou le dió á Rusia? Unámonos, pues, y no retrocedamos ante ningún sacrificio para salvar nuestra independencia y nuestra libertad; permanezcamos unidos y nos salvaremos». Y había expedido un decreto en que ordenaba que, siendo las autoridades instituidas por los invasores traidoras y sediciosas, la república considerara como nulos sus contratos y promesas y que fuesen castigadas conforme á las leyes del país (10 de junio).

Según decía Saligny, Doblado, presa de un profundo desaliento y de constantes inquietudes desde que había sido objeto de una tentativa de asesinato por parte de su propia escolta, á la cual no había escapado sino por milagro, se manifestaba dispuesto á pasarse á la intervención. Pero pensaba tan poco en tal cosa, que había llamado á las armas á los habitantes de Guanajuato en una vigorosa proclama: «.....Es cierto que hemos cometido muchos errores y que todos los partidos, arrastrados por el torbellino revolucionario, han fracasado en la aplicación de sus sistemas administrativos. Pero el derecho de dirigirnos reproches nos pertenece á nosotros solos: el extranjero no tiene derecho de inmiscuirse en nuestras discusiones intestinas, y menos de hacernos recriminaciones con motivo de actos realizados por nosotros en el ejercicio de la soberanía nacional. ...La nación ha contestado en masa con una sonrisa de desprecio á la noticia de la proclamación de la monarquía de Maximiliano....De hoy más no hay sino dos partidos: invasores é invadidos, independientes y esclavos. No me jacto de presagiaros triunfos. Nuestra debilidad es un hecho, el hecho mismo que ha motivado la invasión. Pero nuestro deber es defendernos, y cuando se trata de un deber, no se cuenta el número de los enemigos ni se mide la magnitud de los obstáculos. No podemos perder con honra nuestra independencia, sino después de

haberla defendido con las armas en la mano, hasta la última extremidad. Entonces y sólo entonces tendremos derecho al respeto del mundo, transmitiremos á nuestros hijos el derecho de levantarse contra sus opresores, y así habremos lavado, con nuestra sangre, la mancha que han arrojado sobre la bandera nacional algunos mexicanos envilecidos, que, por despecho de facciosos ó por egoísmo, se han prestado á servir de instrumentos al conquistador, representando un papel que revela el último grado de abyección».

Independientemente de los cuerpos de ejército constituidos, el país se llenó de guerrillas que interceptaban nuestros convoyes y cortaban nuestras comunicaciones. Forey no podía pensar en emplear las fuerzas auxiliares mexicanas, compuestas de canallas androsos, tales cómo debían ser los servidores del invasor de su patria, que no conocían ninguna disciplina; que si querían ir hacia el norte, no había manera de enviarles al sur; que exigían ser, cuando menos, oficiales, y que se pasaban con armas y bagajes al enemigo. Apenas se pudo darles apariencia de soldados, proporcionándoles uniformes.

Para aterrorizar á las guerrillas, Forey, por medio de un decreto, puso fuera de la ley á todos los individuos que formaran parte de las bandas de malhechores armados, y les sometió á cortes marciales cuyas sentencias inapelables debían ser ejecutadas dentro de veinticuatro horas (20 de junio). ¿A quiénes se llamaba *malhechores*? A aquéllos que empleaban en defensa de su independencia los mismos medios desesperados que Napoleón imponía á los franceses en su decreto de Fismes contra los coaligados invasores. «Todos los ciudadanos franceses, decía ese decreto, están no sólo autorizados á armarse, sino que se les requiere que lo hagan, que toquen á rebato luego que oigan el cañón de nuestras tropas, que se reúnan, que exploren los bosques, que corten los puentes, que intercepten los caminos, que ataquen de flanco y por la retaguardia al enemigo. Todo ciudadano francés que sea hecho prisionero por el enemigo y sacrificado, debe ser inmediatamente vengado con la muerte, en justa represalia, de un prisionero enemigo».

En tales circunstancias, hablar de elecciones y de sufragio popular era una broma de mal género. Era materialmente imposible organizar una votación que tuviese alguna seriedad, en un país que estaba tan notoriamente en poder de los republicanos.

Así lo escribió Forey al emperador: «El sufragio universal hace tiempo que es impracticable en este país, y más lo es en estos momentos en que el gobierno caído ejerce todavía una autoridad que se apoya en el sentimiento más vivo de la población honrada: el miedo» (20 de junio).

Saligny y Almonte, persistiendo en la mira que les había hecho aconsejar á Lorencez que no se detuviera en Puebla y que marchara sobre México, excitaban ahora á Forey á que no prolongara su permanencia en México y á que lanzara en persecución de Juárez á las tropas mexicanas auxiliares, apoyadas por una columna francesa; no dudaban de que, antes de dos meses, Juárez y sus partidarios se verían obligados á abandonar el país, haciendo que lo que parecía imposible dejara de serlo, y que «se obtuviera lo que se deseaba de las poblaciones manumisas».

Pero comenzaba la estación de aguas; los diecinueve mil hombres con que se había salido de Puebla, estaban reducidos á quince mil; las comunicaciones con Veracruz, cortadas á cada instante por las guerrillas, eran difícilmente conservadas, y las tropas mexicanas no daban seguridades y estaban organizadas imperfectamente. Forey no creyó conveniente escuchar los consejos impacientes de Saligny y de Almonte, como no los había escuchado Lorencez. No consintió en exponer á un desastre á su pequeño ejército.

Pidiósele entonces que hiciera uso de la franquicia que le había dejado el emperador, para constituir un gobierno empleando los medios revolucionarios acostumbrados en México. «Tenemos, le dijo Almonte, un sistema que la costumbre ha establecido y el consentimiento nacional sancionado, que han puesto en práctica lo mismo los liberales que los conservadores, que es de fácil ejecución y por medio del cual, de 1811 á 1860, se han instalado ocho gobiernos el que triunfa reúne á los notables de México y les hace proclamar su derecho, que es aceptado por todo el país, reconocido por las potencias extranjeras y goza de todos los atributos del poder supremo. No hay que hacer hoy otra cosa. En México se encuentran reunidos todos los inteligentes y todos los notables, sobre todo ahora que la guerra civil ha aumentado en una tercera parte su población, y como ningún poder que no haya sido reconocido por México, lo ha sido por el país, que tampoco ha aceptado á los

poderes que no ha aceptado México, el que los nuestros constituyan se convertirá, no lo dudéis, en el poder legítimo.»

Como Saligny participaba de esta manera de ver las cosas, Forey acabó por verlas así también. Convencido de que no había otro partido que tomar, hizo que la Junta de los treinta y cinco convocara á los notables para constituir el gobierno definitivo. Estos notables fueron doscientos quince personajes muy honorables del partido victorioso. Votaron, con sólo dos votos en contra, el restablecimiento de la monarquía y la designación del archiduque Maximiliano como emperador; y dijeron que, á falta de éste, la nación se remitía á la benevolencia de S. M. Napoleón III para que la indicara otro príncipe católico. Mientras llegaba Maximiliano, el gobierno provisional fué constituido en regencia, y se decidió que se levantara una estatua á Napoleón III en el salón del congreso, y que se elevaran votos de gracias á Almonte, Gutiérrez de Estrada, José María Andrade y Aguilar. (10 de julio).

Saligny había, pues, logrado su objeto, y bajo la enseña de Maximiliano, había entronizado al partido retrógrado y clerical.

II

Los vencedores quisieron aprovecharse de su triunfo: hicieron saber á los tenedores de bienes nacionalizados, que no les consideraban como propietarios y que los *pagarés* (1) no serían pagados; los arrendatarios de los bienes eclesiásticos fueron advertidos de que no pagaran su rentas, porque se expondrían á pagarlas dos veces; los últimos sacramentos y la sepultura cristiana fueron negados á aquéllos que se rehusaran á la restitución. Una disposición gubernativa prohibió que se trabajara en domingo, otra prescribió que todos se arrodillaran cuando pasara el Santísimo Sacramento y permanecieran así hasta que

1 Según el artículo 11 de la ley de nacionalización de los bienes del clero, expedida por Juárez en 13 de julio de 1859, en Veracruz, todos los capitales reconocidos en favor del clero, no importaba por qué causa, podían ser redimidos por sus censatarios pagando tres quintas partes en títulos de la deuda pública y las otras dos en especies, en cuarenta mensualidades, por las cuales se firmaban obligaciones al portador ó *pagarés*.—
A CLARACIÓN DEL AUTOR.

lo hubiesen perdido de vista y no oyesen el sonido de la campanilla; las actas del estado civil fueron devueltas al clero, y restablecidos los títulos de nobleza, así como la antigua orden de Guadalupe. Como buitres que perciben el olor de un cadáver, los jefes del partido retrógrado acorrieron: el hijo de Santa Anna desembarcó en Veracruz para preparar el terreno á su padre, y Miramón llegó á México. El decreto de Puebla relativo al secuestro fué aplicado no sólo á los que hacían armas contra nosotros, sino también á todos los disidentes de cualquiera clase que fuesen.

Todo esto complacía á Dubois de Saligny, pero chocaba con las instrucciones imperativas del emperador, las cuales era preciso tomar en consideración. Forey obtuvo que se revocara la disposición referente á la observancia forzosa del domingo, alegando que parecía datar de la época de la Inquisición, pero no pudo lograr que se diera alguna seguridad á los tenedores de bienes nacionalizados. «Eso no le importa á Forey, dijo Monseñor Ormaechea, y además, toda resolución debe suspenderse hasta que llegue el arzobispo, que trae instrucciones del papa»

El general tuvo que hacer por sí mismo lo que aquel gobierno de pura apariencia le rehusaba: insertó una nota tranquilizadora en su periódico. Ordenó además que el hijo de Santa Anna, que había pronunciado palabras equívocas, fuese reembarcado, y antes de permitir que Miramón residiera en México, le exigió un compromiso escrito de adherirse al imperio. Miramón se irritó por lo pronto de que se le tratase como enemigo, exigiéndole que firmara un documento que implicaba dudas injuriosas, y dijo en su cólera que iba á regresar á los Estados Unidos. Pero Saligny le apaciguó y le hizo firmar (30 de julio). «Que el archiduque, escribía Forey, llegue lo más pronto posible! Me exonerará de una misión más difícil que la toma de Puebla y que consiste en sostener al partido que nuestras armas han puesto en el poder. Porque no hay que forjarse ilusiones acerca de los hombres de este país, aquí no hay más que dos partidos: los demagogos y los reaccionarios; los unos no valen más que los otros, y hablar de moderación, de conciliación, de justicia, á los unos y á los otros, es trabajo perdido; porque los unos no ven en el poder más que un medio de oprimir á los otros. Si la sangre de nuestros soldados, *Sire*, no

fuese tan preciosa que no se la debe derramar á la ligera, preferiría un segundo sitio de Puebla, á ser lo que soy aquí: el moderador de gentes que no quieren que se las modere. El Gral. Almonte, á quien se ha puesto á la cabeza de la regencia, es, si no un reaccionario, al menos un hombre de una debilidad extrema, siempre dispuesto á dejarse arrastrar, á dictar medidas deplorables, que no acepto porque no quiero que la bandera francesa cubra actos contrarios á vuestra política. Pero no me es por eso menos penoso verme obligado diariamente á vigilar al gobierno que hemos establecido, como vigilaría al partido enemigo» (1)

La designación de los delegados que debían ser enviados á Maximiliano ocasionó también desazones. Se había puesto á la cabeza de la lista á Gutiérrez de Estrada, jefe del partido monárquico é inventor de la candidatura; pero, como eso descubría demasiado la mano de los emigrados en la intervención, puesto que los demás delegados estaban también en el extranjero, Forey propuso que se agregara á algunos residentes en el país, con objeto de dar á la delegación apariencia nacional. Se consintió en ello; pero entre los individuos propuestos había uno cuyo solo nombre le asustó: el Padre Miranda. Saligny le persuadió de que el Padre era muy liberal y partidario de la política del emperador con respecto á los bienes de la Iglesia, y de que por esto se había indisputado con la corte de Roma, que no había querido nombrarle obispo, y Miranda fué aceptado.

III

Forey se las componía de la mejor manera posible en medio de tantos embarazos, cuando de improviso, á fines de julio, se le comunicó el llamamiento de Saligny. Un ciego á quien se arrebató su bastón no queda más espantado. Se le había prescripto que se conformara *en todo* con las indicaciones de este ministro, que era el único que conocía las cosas de México y las

1 Forey al emperador, 6 de agosto, 20 de octubre de 1863.—NOTA DEL AUTOR.

ideas del emperador, y él había hecho punto de honor obedecerle. Mas hé aquí que, sin decirle por qué, se le retiraba, y veía á su Mentor caer desde la cumbre de la privanza hasta las profundidades de una irremediable desgracia.

Almonte quedó todavía más aturdido. Acababa de poner al emperador en la disyuntiva de escoger entre él y Forey. «Si V. M. cree, le había escrito, que á pesar de eso, él debe permanecer, le ruego que no tome á mal que me separe de la Regencia, para no verme obligado un día á estar en contradicción con el general en jefe, cuyo carácter es á veces insoportable». Y se le había contestado con el llamamiento de Saligny. Había comprendido perfectamente lo que tal medida significaba, y vuelto á escribir al emperador: «Hemos sabido en este momento con gran pena, el llamamiento del Sr. de Saligny. V. M. no podría imaginarse el depreciable efecto que ha causado en toda la población. Conjuro á V. M. á que se digne acceder á la súplica que le hace la Regencia para que continúe aquí el Sr. de Saligny como su representante, porque es el único que conoce el país y nos inspira entera confianza. Está completamente de acuerdo con el Gral. Bazaine, que va á tomar el mando del cuerpo expedicionario, y el efecto que produciría su partido sería tan grave que podría hacer que fracasara la realización de un proyecto felizmente desarrollado hasta hoy. Su llamamiento se considera como prueba de un cambio en la política de V. M., cambio que obligaría á los miembros de la Regencia á dar su dimisión y á abandonar un país que ya no tendrían esperanzas de salvar. Me atrevo á esperar todavía que las noticias que recibamos sean tales que nos tranquilicen» (1).

Forey pidió que se le dejara á Saligny, al menos hasta que llegara Maximiliano; pero no se obtuvo ni que se quedara ni que retardara su partida, y recibió orden de regresar inmediatamente á Francia.

Un cambio completo se había, en efecto, operado en el ánimo del emperador. Había logrado ver al través de la nube de mentiras en que se le había envuelto; había adivinado de qué labor reaccionaria se le quería hacer instrumento; había resuelto cambiar de rumbo, y al llamar á Saligny, despedía al partido conservador, promotor de la expedición, é iniciaba una re-

1 26 de julio de 1863.—NOTA DEL AUTOR.

conciliación con el partido liberal, al que había venido á combatir y del cual Saligny era la pesadilla. Ese llamamiento equivalía á la carta que había dirigido á Edgardo Ney cuando la expedición romana.

Forey no tardó en verse obligado á tomar el mismo camino que Saligny. El emperador estaba en correspondencia con cierto número de oficiales, como el joven Galliffet, el Gral. Douay y otros que les daban informes directos. Sus ayudas de campo, por su parte, tenían también amigos que les tenían al corriente de todo lo que pasaba. De suerte que, por cada correo, al mismo tiempo que las comunicaciones oficiales del general y del ministro, partían, bajo la forma de cartas confidenciales, informes particulares que, en tono de censura ó de mofa y con razón ó sin ella, contrarrestaban lo dicho en los oficiales. Esta práctica, aunque diera á veces resultados saludables, destruía la disciplina, debilitaba la autoridad del jefe y acababa por ocasionar su desgracia. Por medio de estos procedimientos fueron provocadas las desautorizaciones sucesivas que sufrieron los jefes de la expedición: Jurien y Lorencez habían sido víctimas de ellos; le llegó su turno á Forey, y á Bazaine tenía que llegarle el suyo.

Forey fué hecho mariscal y reemplazado por Bazaine en el mando del cuerpo expedicionario.

IV.

El nombramiento de Bazaine fué recibido con alegría y confianza por el ejército. Se le atribuía el mérito de la caída de Puebla; tenía reputación de hombre hábil, capaz de evitar, con astuta tenacidad, los obstáculos imposibles de vencer; hablaba perfectamente la lengua del país; y mientras que Forey era duro, aunque bueno en el fondo, y se mostraba rara vez á las tropas y maltrataba á los que se encontraba al paso, las maneras de Bazaine eran afables y se mostraba benévolo, familiar, accesible, activo.

Recibió instrucciones de impedir toda reacción. «No puedo admitir, le escribía el emperador, que, *habiendo hecho la conquista*

de México, presenciemos como testigos impasibles medidas arbitrarias que se opongan á la civilización moderna» (1). Se tenía, además, que esforzar «en que la elección de Maximiliano fuese ratificada por el mayor número posible de mexicanos, porque el nombramiento presuroso que se ha hecho, ha tenido el defecto de no aparecer en Europa como la expresión legítima de la voluntad del país» (2). Eso era, en efecto, lo que Palmerston había objetado á D. Francisco de P. Arrangoiz, que había sido enviado en septiembre por Maximiliano para sondear al gabinete inglés. Arrangoiz había repetido los argumentos de Almonte: «Así hemos obrado siempre y habéis reconocido á todos nuestros gobiernos.» Pero Palmerston había contestado: «Entonces no se trataba más que de cambios de personas, no de cambio de instituciones con ayuda del extranjero» (3). Y esta objeción había parecido fundada á Maximiliano, quien había declarado á los notables conducidos á Miramar por Gutiérrez de Estrada, que no sólo aplazaría su aceptación hasta que se le diesen garantías que pusiesen á su imperio al abrigo de peligros exteriores, sino que exigía también que la nación *toda*, manifestando *libremente* su voluntad, ratificase el voto de la capital.

Puso Bazaine por obra las instrucciones del emperador: anuló el decreto referente á los secuestros y todas las demás medidas reaccionarias dictadas por la Regencia; halagó á los liberales á quienes pudo acercarse; amenazó á Saligny, que retardaba su partida bajo pretexto de negocios, con reembarcarle por fuerza si no salía de México inmediatamente; y aunque dirigió el momento de dar seguridades á los tenedores de bienes del clero, hasta que llegara Monseñor Labastida, quien, por haber conferenciado con el emperador en París, ayudaría á la conciliación, luego que el arzobispo llegó (19 de octubre) fué á verle. El arzobispo le expuso «que había regresado con el

1 12 de septiembre de 1863. Tengo en mi poder todos los originales de las cartas de Bazaine al emperador. Las de éste á aquél han sido muy fielmente reproducidas en el concienzudo libro de Gaulot.—NOTA DEL AUTOR.

2 El emperador á Bazaine, 12 de septiembre de 1863.—NOTA DEL AUTOR.

3 ARRANGOIZ, *México desde 1808 hasta 1867*, tomo III, pág. 148.—NOTA DEL AUTOR

objeto de reconstituir el dominio arrebatado al clero, por medio de la persuasión; pero que, si fuese indispensable, emplearía la presión de su poder espiritual». Bazaine, estupefacto, contestó que sus instrucciones le prescribían todo lo contrario, que se atendería á la proclama de Forey del 12 de junio y que admitiría una revisión de las ventas de bienes de la iglesia, pero hecha por el Estado y no por el clero. El prelado contestó que había expuesto sus ideas á S. M., que *había parecido aprobarlas*, y que su dignidad y su conciencia le vedaban aceptar cualquiera otra solución antes de estar autorizado expresamente por el Santo Padre para aceptarla.

Al día siguiente, Monseñor Labastida convocó al Consejo de Regencia á una sesión extraordinaria, rogando á Bazaine que asistiera á ella. Ahí repitió sus declaraciones de la víspera, y después, volviéndose hacia el general, le dijo en tono exaltado: «Si vuestro ejército ha sido bien recibido en la capital, ha sido por la influencia del clero, y si no le sostenéis, si no queréis marchar de acuerdo con él, haced venir quince mil hombres más, porque vuestros amigos de hoy.....» No concluyó la frase, pero hizo un gesto que significaba que no debía ya contar con ellos.

Bazaine puso fin á esta oposición obteniendo de la Regencia, á pesar de las protestas de Monseñor Labastida, una declaración que fué inserta en el órgano oficial y que decía: «que las ventas regulares de los bienes nacionales serían confirmadas y que sólo las transacciones fraudulentas serían sujetas á revisión» (24 de octubre).

Almonte, que, no sin lamentarse, seguía á Bazaine, cuyo advenimiento había aprobado y hasta solicitado, escribía, sin embargo, al emperador: «Creo que el general, sin dejar de ejecutar las órdenes de V. M., habría podido adoptar un temperamento más conciliador con el clero, puesto que, en definitiva, necesitamos de la influencia que puede todavía tener en el país. No cesaré de lamentar la partida del Sr. de Saligny, que es el único que conoce este país y la política que hay que seguir. Pero ya que V. M. ha creído deber obrar de otra manera, tenemos que limitarnos á esperar los resultados de la política del general» (27 de octubre).

Llamado al orden el clero, Bazaine se ocupó en conseguir el

segundo objeto que le señalaban las instrucciones que había recibido. La estación de lluvias había pasado; el ejército mexicano estaba organizado medianamente. Para llevar su influencia fuera de la capital y recoger adhesiones en favor de Maximiliano, operó una marcha militar al interior del país. Sus disposiciones fueron muy acertadas: sus tropas fueron distribuidas en dos columnas y se adoptó un orden de marcha que, sin apartarse del principio: *dividirse para vivir y reunirse para combatir*, permitía que maniobrara el ala derecha ó la izquierda hacia adelante, según las circunstancias, amenazando los flancos de las posiciones fortificadas por el enemigo. Esta expedición, comenzada en noviembre, fué conducida con tanta rapidez como inteligencia. Los mexicanos se sostenían con mucha firmeza, de lejos, mientras sólo se trataba de tiroteos más ó menos nutridos; pero como estaban mal montados, no resistían el empuje de nuestra fuerte caballería. Fueron rechazados en todas partes, nos apoderamos sucesivamente de Querétaro, Morelia, Guanajuato, León y San Luis Potosí, de donde Juárez se vió obligado á huir, y Bazaine entró á Guadalajara, sin obstáculo alguno, el 3 de enero 1864.

De ahí escribió al emperador: «Durante algún tiempo todavía el país será, ciertamente, recorrido por restos del ejército juarista, pero les trataré como bandidos. Todas las poblaciones están encantadas de que se las libre del yugo de Juárez y bendicen á V. M.» ¡Siempre el mismo sistema de informes optimistas! Desde México, Montholon, mejor informado ó más sincero, escribía con fecha 9 de febrero: «En algunos puntos, especialmente en Guadalajara, no ha habido grandes demostraciones de entusiasmo.» La huella que dejaba el pie de nuestros soldados, se borraba luego que habían pasado.

En cada etapa se recogían adhesiones. Hé aquí cómo: si se encontraban algunos mexicanos notables, amigos ó intimidados, que consintiesen en aceptar las funciones municipales, se instalaban ayuntamientos y se les hacía firmar una adhesión al voto de los notables de México; si no se encontraban, lo que sucedía casi siempre, mexicanos de buena voluntad, se confiaba la administración local á militares franceses, después se llamaba á todos los individuos conocidos por sus sentimientos patrióticos y se les decía: «Vais á firmar una acta de adhesión ó seréis arrestados y proscriptos de México.» Y firmaban. Esa era la

primera operación. La segunda consistía en poner en un papel el nombre de una población y el número de sus habitantes, inclusive mujeres y niños, sin indicar el de las adhesiones, para que se contara el total de los habitantes como si fuera el de los adherentes. Así, una ciudad de seis mil almas, en que sólo se recogían treinta adhesiones, aparecía como habiendo proporcionado seis mil votos en favor de Maximiliano!

Bazaine, después de haber asegurado la ocupación de las principales ciudades, volvió á México con su paquete de adhesiones bajo el brazo, para acabar con la resistencia del arzobispo, que se había vuelto decididamente insoportable; puesto que, á pesar de la opinión de Almonte y de Salas, persistía en atacar las ventas de los bienes de la Iglesia y había obtenido que la Suprema Corte de Justicia no acatara en sus fallos los decretos relativos á los bienes del clero y al pago de los pagarés y de las rentas de bienes nacionalizados. Habiendo la Regencia confirmado en una comunicación de 15 de noviembre, la de 24 de octubre, Monseñor Labastida se separó violentamente de sus colegas y se rehusó á asistir á las sesiones del Consejo, para entorpecer el despacho de los negocios. Se le contestó considerándole como dimidente, con una tercera comunicación referente á los bienes de la Iglesia, que fué inserta en el periódico oficial, y con una intimación á la Suprema Corte para que acatara en sus fallos los decretos expedidos.

Siete obispos se unieron al arzobispo para protestar contra lo que llamaban la expoliación de la Iglesia y amenazar con excomunión mayor á los que cooperaran en ella (26 de diciembre de 1863). La Suprema Corte, en vez de inclinarse ante la intimación que se le había hecho, secundó con una protesta jurídica la apostólica de los obispos (31 de diciembre). Estas resistencias eran naturales. El emperador había sido llamado para derogar las leyes liberales de ese mismo Juárez con quien se negaba á entrar en arreglos, no para ratificarlas y ejecutarlas. Si reconocía la validez de la enajenación de los bienes de la Iglesia, ¿de qué había servido la intervención? La lógica estaba de parte de los obispos, y no podía contestárseles sino con el empleo de la fuerza. Se recurrió á ella. Un decreto de la Regencia destituyó á todos los miembros de la Suprema Corte (2 de enero de 1864) y Bazaine volvió á México (3 de febrero) para impedir que flaqueara Almonte, que no obraba con toda espon-

taneidad. Puso á los funcionarios mexicanos bajo la vigilancia de los oficiales franceses; hizo que se reembarcara Santa Anna, de cuyas buenas intenciones dudaba, á pesar de que Gutiérrez de Estrada le había fiado, y manifestó enérgicamente su voluntad de mantener la enajenación de los bienes del clero, siendo apoyado por el sucesor de Saligny, Montholon, que tenía un carácter moderado y no compartía los rencores clericales (1).

En vano colmó Bazaine de consideraciones personales á Monseñor Labastida é hizo que se le reedificaran su seminario y su casa de campo. La ruptura entre la intervención y los que la habían solicitado se consumó irremisiblemente. El arzobispo escribió á Drouyn de Lhuys hablándole de «el apartamiento de todos los amigos leales y sinceros de la intervención, desde que las poblaciones del interior habían perdido todo entusiasmo, á consecuencia de lo que le había pasado á él y del temor de que se restablecieran las leyes de Reforma», y haciendo constar que «el entusiasmo al acercarse el ejército franco-mexicano habíase disminuído notablemente, como si todos se hubieran puesto de acuerdo para escatimar las manifestaciones de regocijo.» (2) Y á los reproches del Gral. Neigre, comandante militar de México, Monseñor Labastida contestó: «La iglesia sufre hoy los mismos ataques que en tiempo del gobierno de Juárez.... Jamás se vió perseguida con tanto encarnizamiento, y según la posición en que se nos ha colocado, nos encontramos peor que en aquel tiempo» (3). Hasta llegó á amenazar á Bazaine, que iba oficialmente á misa todos los domingos, con cerrarle las puertas de la iglesia. «Las haré abrir á cañonazos» contestó el general.

¡Vaya una manera de intervenir como *desfacedor de entuertos!* Se había querido que la intervención se mantuviera fuera de los partidos, y ello se había logrado, porque la intervención era igualmente detestada por los clericales que la habían solicitado que por los liberales que la soportaban, no teniendo en su favor más que á aquéllos que, por un abuso de una hermosa palabra, se llamaban moderados, es decir, al rebaño vil y cobardé que anda en busca del éxito, que huye del fracaso y que os toma parte de vuestra fuerza sin serviros para aumentarla.

1 Llegó á México el 16 de enero de 1864.—NOTA DEL AUTOR.

2 9 de diciembre de 1863.—NOTA DEL AUTOR.

3 16 de enero de 1864.—NOTA DEL AUTOR.

Se había llegado á esa situación cuando se discutieron los asuntos de México en el Cuespo Legislativo.

V

La mayoría se había arrepentido de las violencias con que había interrumpido las primeras requisitorias de Julio Favre contra la expedición; comprendía ya que era temeraria y peligrosa; quería que terminara, y lo manifestaba por conducto de sus Comisiones de Presupuesto (1). Por eso se escuchó con visible asentimiento la larga exposición que hizo Thiers de los antecedentes del asunto. Esta exposición, exacta en lo general, á pesar de sus errores acerca del papel desempeñado por Jurien de la Gravière y de sus palabras desdeñosas referentes á Juárez, no contenía nada que no se supiese ya, pero todo lo repetía con persuasiva lucidez. Su conclusión era la misma de Julio Favre: «Tratad con Juárez y retiraos. Sobre todo, no os empeñéis en una tentativa de restauración monárquica, porque aunque no os hayáis comprometido formalmente, lo estaréis moralmente con respecto á aquél á quien habréis entronizado. Y vosotros, colegas míos, si apoyáis al gobierno en sus designios, no podréis más tarde rehusarle ni tropas, ni marinos, ni millones, cuando os los pida para llevar al cabo la operación que de consuno habréis emprendido. Hasta aquí, nuestro honor no está empeñado, pero el día en que el príncipe haya partido con vuestro apoyo y vuestra garantía, tendréis que sostenerle, suceda lo que suceda. La probidad de Francia estará comprometida. Se nos ha dicho que, abandonar á Almonte sería una indignidad; pero ¿cómo podría serlo si no debemos nada á Almonte y á sus amigos, que nos han puesto en la mala situación en que nos

1 LARRABURE. *Dictamen acerca de los créditos suplementarios de 1863.* «Conforme á las actuales previsiones, el gobierno espera que al fin del año de 1864 terminará la expedición. Unánimemente aconsejamos que se ponga fin á la expedición de México, no á toda costa—Dios nos guarde de pensarlo—sino tan prontamente como lo permitan el honor y el interés de Francia. La manifestación de este deseo corresponde al sentimiento general del país.»—NOTA DEL AUTOR.